

EL JUEGO ELECTORAL



Enrico Berlinguer: formar un Gobierno de salvación nacional.

ENRICO Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano, ha hecho oficialmente una propuesta a todos los partidos políticos del país: formar un Gobierno de salvación nacional, en el que estén incluidos todos los partidos nacionales, con la excepción de la extrema derecha (fascistas o neofascistas). La idea no es nueva, pero es la primera vez que se propone oficialmente. Existe una idea paralela, que es la de la formación de un Gobierno de coalición, pero sin la participación comunista. Es la que está tratando de sacar adelante la Democracia Cristiana. Pero el PCI considera que el país no va a poder gobernar sin él, sobre todo después de las elecciones del 20 de junio, en las que espera —y no sólo él, sino la mayor parte de los observadores políticos— un fortalecimiento considerable de sus posiciones y un número de diputados muy importantes. Adelantándose con estas predicciones a los acontecimientos, cabría suponer un avance general de la izquierda y una solución democrática con arreglo a las proporciones electorales: un Gobierno de izquierdas, una coalición de socialistas y comunistas. Pero no son sólo los socialistas los que ven con terror esa eventualidad, sino los mismos comunistas, quienes no la desean. Un Gobierno que sería llamado inmediatamente de "Frente Popular" tendría el desafío de toda una serie de fuerzas, interiores y exteriores: desde las del capital y sectores militares im-

portantes, a las de la OTAN (a pesar de que el Partido Comunista insiste en que mantendría la alianza) y los Estados Unidos, que podrían decretar un bloqueo económico y quizá ir más allá.

Los comunistas, claramente, no quieren gobernar en Italia aunque tuviesen mayoría electoral, para evitar los desafíos inmediatos. Es una posición radicalmente opuesta a la que tuvo Cunhal en Portugal. Sin embargo, ven en las elecciones una manera de situar un ministro de un Gobierno que, representando a todos los partidos, se enfrentara con las diversas crisis del país: social, económica, de falta de salidas políticas, de relaciones exteriores y de orden público. Un Gobierno que se situaría por encima de la política, si se puede decir, y que se dedicaría exclusivamente a sanear el país.

Las primeras respuestas han sido negativas. A la cabeza de la negación, la Democracia Cristiana, que ha respondido de una manera desabrida, acusando a los comunistas de no tener en cuenta la realidad del país. La posición del Vaticano en esta cuestión es abiertamente militante. Después de la toma de posición del secretario de Estado, Benelli (véase el número anterior de TRIUNFO), se ha producido una nota directa del episcopado italiano y, finalmente, una declaración personal del Papa. La nota advierte que los católicos deben negar sus votos a los comunistas, y prácticamente les incita a votar por la Democracia Cristiana, puesto que les pide que deben decidirse "a no dispersar sus energías, a dar testimonio juntos", y que sus votos se deben "a la luz de la fe y a la doctrina de la Iglesia". "Recordamos el deber de elegir coherentemente y de evitar los peligros que se derivan de ideologías y de movimientos que por su naturaleza intrínseca o por circunstancias históricas son inconciliables con la visión cristiana del hombre y de la sociedad y no garantizan la promoción íntegra de la persona y de la comunidad".

Más directa es la posición del Papa. Pablo VI ha condenado abiertamente, en el curso de una audiencia general, a los católicos que han pactado con los comunistas. Les ha llamado traidores. "El cristiano encontrará todavía en los caminos del pensamiento la oscuridad de lo verdadero y la facilidad del error. Encontrará en los herma-

nos de fe la discordia, la aversión y, hasta en estos mismos días, la traición". Y el "Osservatore Romano" subraya estas palabras explicando que la opción de Italia en estas elecciones está entre "la libertad y la dictadura".

¿Quiénes son aquellos a los que el Papa llama traidores? Rainiero Lavalle, Partesi, Gozzini, Romano Brezzi... Cuatro católicos conocidos, que figuran en las listas de candidatos publicadas por el Partido Comunista. Cuatro intelectuales que han sido dirigentes de organizaciones católicas, que han sido escuchados muchas veces por el Vaticano, que han trabajado con la Iglesia. "a veces, los amigos más queridos, los colegas en quienes se tiene más fe, los de la propia hermandad, son precisamente aquellos que se vuelven contra nosotros", ha dicho el Papa refiriéndose a ellos...

Lo cual ha producido una tormenta de protestas en los órganos comunistas. ¿Puede el Papa tomar partido en unas elecciones italianas? ¿Puede la Iglesia italiana favorecer un partido, condenar a otro? Viejas y constantes preguntas. La cuestión está en saber cuál será su influencia. La Iglesia y el Papa intervinieron ya en la cuestión del divorcio, se dejaron arrastrar a tomar parte en el referéndum, y perdieron. Pero esta es otra cuestión. La influencia católica es todavía muy fuerte en ciertas regiones de Italia.

Las presiones vienen de más lejos. Vienen, como se sabe, de los Estados Unidos y de otros aliados de la OTAN. El Presidente francés, Valéry Giscard d'Estaing, hace en el último número de "Time" unas declaraciones en las que advierte a los Estados Unidos que sería un error que se **interpusieran** en el caso de un acceso de los comunistas al poder en Italia: debería considerarse como "un problema interior", aunque acepta el derecho de los Estados Unidos a "hacer conocer las consecuencias que se producirían sobre su propia actitud por una modificación de la situación política en Italia". No se abstiene él de hacer conocer su opinión: "El problema ahora es el de saber si la participación de los comunistas permitiría a Italia acercar su situación a la nuestra (la del contexto general de Occidente), o si la distanciaría aún más". Giscard no va-

cia en dar una respuesta negativa a ese problema: "La realización del programa de la izquierda produciría graves desórdenes económicos. Los comunistas en el poder actuarían según su doctrina, que, evidentemente, no se adhiere a la de la libre empresa, a la participación en la Alianza Atlántica o a la construcción de una Europa unida. Incluso si el lenguaje de los comunistas parece hoy más moderado, sus principios siguen siendo los mismos".

Si la posición de la Democracia Cristiana y las presiones exteriores son formalmente negativas a la creación de un Gobierno de unidad nacional con los comunistas, las de la izquierda —los socialistas— no parecen hasta ahora favorables. Los socialistas continúan en Italia con el mismo dilema que les atormenta desde hace años: aliarse con el centro para gobernar, perdiendo cada día más la adhesión de una base que necesita soluciones más radicales para su situación social, o pactar con los comunistas, lo que despierta en ellos el pavor de ser devorados por un partido más fuerte —pavor que no han sentido, en cambio, en sus largas alianzas con la DC— y el de ser perseguidos simultáneamente con ellos.

La campaña electoral está en pleno fuego. Los italianos son conscientes de que estas elecciones son las más importantes que hayan sucedido en el país después de la posguerra, después de aquellas que se presentaban prácticamente con el mismo signo: votar una solución auspiciada por los Estados Unidos y Europa occidental, que era la Democracia Cristiana, o por los comunistas, que tenían entonces la fuerza nueva de salir de la clandestinidad antifascista y de pretender una revolución de las viejas estructuras económicas italianas. Que en treinta años no hayan cambiado los datos es una prueba de que aquello no fue más que una solución coyuntural y que el problema italiano está entero.

Pero los comunistas de ahora no son los de entonces —armados y pro-soviéticos—, ni la Democracia Cristiana tiene la fuerza de solución con que aparecía entonces: está desgastada por el largo poder, y el resultado de ese poder es la desgarrada imagen de un país metido en todas las crisis posibles. ■